

HERENCIA AFRICANA, CULTURA POPULAR Y NACIONALISMOS EN ARGENTINA

Carlos M. Tur Donatti

Existe en América Latina la extendida creencia que la población argentina es uniformemente blanca y europeizada. Esta opinión fue difundida por intelectuales en la república oligárquica (1880-1916) e implicaba un alto grado de olvido del pasado y proyectaba la excepcional realidad étnica del momento en la utopía deseable. Pero resulta innegable, a principios del siglo pasado, que la otrora numerosa etnia afro se ha diluido en la masa de la población subordinada; sin embargo, su herencia simbólica se transformará e integrará en una rica cultura popular, expresada en candombes, milongas y tangos y sus peculiares coreografías. Décadas después, en los años treinta y cuarenta, asistimos a una exhumación-recreación del ámbito musical y dancístico de afroargentinos en la época de Juan Manuel de Rosas (1829-1852), que constituye una parcela de nacionalismos culturales que surgen en los años veinte y se desplegarán en décadas siguientes.¹ ¿Por

¹ Carlos Mariano Tur Donatti, "La utopía criolla en el siglo xx. Cultura y política del nacionalismo restaurador en Argentina", en *Revista de Ciencias Sociales*, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, Mayo de 1995.

qué razones se produce esa peculiar exhumación-recreación y qué incidencia tendrá en el imaginario nacional? A estas interrogantes procuraremos responder a lo largo de este texto.

En la región del Río de la Plata no se descubrieron minas argentíferas ni existía una densa población asentada, sin embargo, como en el Alto Perú y en la Nueva España, los colonizadores españoles solicitaron a la corona, desde fines del siglo XVI, la importación de esclavos negros. A lo largo de los siglos coloniales la escasez crónica de mano de obra fue mitigada con la importación de trabajadores africanos² que, como en otras latitudes del imperio español, desempeñaron diferentes oficios urbanos y servicio doméstico en casa de eclesiásticos y familias criollas y peninsulares.

Al comenzar el siglo XIX un oficial inglés afirma que la población blanca de la ciudad de Buenos Aires sólo ascendía al 20% del total; y otros viajeros encuentran esclavas vendimiando y elaborando vino en Mendoza³ o negros recogiendo sal en el norte de la Patagonia.⁴ Tampoco podía faltar esta mano de obra indispensable en las estancias ganaderas pampeanas o en el trabajo agrícola de provincias interiores.⁵

Su participación no se redujo a diferentes actividades productivas, también estuvieron en primera línea en el rechazo a las invasiones inglesas de 1806 y 1807, en las luchas interprovinciales posteriores a 1810 y contra las fuerzas del colonialismo español. Con el señuelo de libertad fueron incorporados masivamente a ejércitos patriotas: en la batalla de Maipú,

² Carmen Bernard, *Historia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, pp. 63-66.

³ S. Samuel Trifilo, *La Argentina vista por viajeros ingleses, 1810-1860*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959, p. 136, cita al viajero inglés John Miers que visitó Mendoza en 1819.

⁴ *Ibid.*, p. 228, cita al capitán Robert Fitz Roy, que recorrió la Patagonia en la década de 1830.

⁵ Romain Gaignard, *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación desde la conquista a la crisis mundial, 1550-1930*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1989, pp. 87-89.

con la que se inició la liberación de Chile, murieron 400 afro-argentinos.⁶

A pesar de las ideas liberales sobre la revolución de independencia ni se abandonó totalmente la esclavitud hasta mediados de siglo, ni se atemperaron los prejuicios raciales de origen colonial: para denigrar al tucumano Bernardo de Monteagudo, secretario del Libertador José de San Martín, se le llamaba “el hijo de la negra” o para descalificar al porteño Bernardino Rivadavia le apodaron “el doctor Chocolate”.⁷

Las relaciones interétnicas tampoco eran idílicas entre la masa de grupos sociales subordinados. Martín Fierro, el paradigmático gaucho maltratado por las autoridades, personaje central del famoso poema de José Hernández, canta con intención provocadora:

A los blancos hizo Dios,
a los mulatos San Pedro;
y a los negros hizo el Diablo
para tizón del infierno⁸

Pero estas relaciones interétnicas conflictivas muestran una llamativa excepción: el juicio amable cuando no fervoroso de europeos y criollos hacia las mulatas rioplatenses. A fines del siglo XVIII, el funcionario ilustrado español Félix de Azara, el comerciante escocés John Robertson en 1811,⁹ y a mediados de siglo el escritor y político Domingo Faustino Sarmiento, coinciden en su inclinación hacia estas seductoras muchachas. Don Félix de Azara, que durante veinte años recorrió regiones del sur, con toda la autoridad de su formación iluminista, sienta plaza teórica y concluye, después de alabarles la frescura y

⁶ José Luis Lanuza Morenada, *Una historia de la raza africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Schapire, 1967, p. 71.

⁷ *Ibid.*, p. 11.

⁸ José Hernández, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 17ª. edición, 1973, p. 35.

⁹ Trifilo, *op. cit.*, p. 213.

dulzura de su piel, que “no es ésta la única ventaja que hace que los inteligentes prefieran las mulatas a las mujeres españolas, pues además pretenden que con dichas mulatas experimentan placeres especiales que las otras no les proporcionan”.¹⁰

Bajo los gobiernos porteños de Juan Manuel de Rosas, entre 1829 y 1852, férreo dictador y poderoso estanciero, la población afroargentina libre y esclava contó con amplias facilidades oficiales para celebrar sus fiestas y bailes. El mismo Rosas y su familia acudían a estos jolgorios masivos y eran fervorosamente apoyados por la población negra. El manejo político de esta peculiar relación servía a Rosas para ampliar su base social y atemorizar a las familias unitarias que se le oponían.

La fidelidad afro al dictador federal se mantuvo por largos años después de su derrocamiento en 1852, como lo pudo comprobar su sobrino Lucio V. Mansilla en conversación con un negro en tierras indias, que esperaba el regreso de “nuestro padre Rosas” para volver a Buenos Aires.¹¹ Producida la caída del gobierno rosista fue abolida completamente la esclavitud, y otras cuestiones pasaron a preocupar a la comunidad negra. El universalismo liberal, que sostenía la igualdad entre razas, llevó a suprimir escuelas separadas y el rector de la Universidad porteña proclamó la apertura de sus aulas a la juventud de color. En estos nuevos tiempos, en 1858, apareció el periódico *La raza africana*, que invocaba ideales ilustrados de 1810, para convertirse luego en *El proletario*, que asumió la defensa de afroargentinos en un perspectiva más amplia.¹²

Las guerras, enfermedades y mestizaje fueron diluyendo la presencia negra en el total de la población. El arribo masivo de inmigrantes europeos para la segunda mitad del siglo XIX representó un doble desafío para la debilitada comunidad. Los

¹⁰ Félix de Azara, *Viajes por la América meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969, p. 276.

¹¹ Lucio V. Mansilla, *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984, p. 187.

¹² Carmen Bernand, *op. cit.*, p. 199.

recién llegados, en general hombres jóvenes y solteros, comenzaron a establecer parejas con negras y mulatas, y además a invadir oficios que los hombres negros habían ejercido casi con exclusividad desde la época colonial.

Así lo cantaba una comparsa en las fiestas de carnaval:

Ya no hay negro botellero
Ni tampoco changador,
Ni negro que vende fruta,
Mucho menos pescador;
Porque esos napolitanos
Hasta pasteleros son,
Y ya nos quieren quitar
El oficio de blanqueador

La fusión de etnias y culturas no operaba en una sola dirección: los ritmos africanos también ganaban a criollos e inmigrantes. El coro de una comparsa cantaba:

Ya no hay sirviente
De mi color
Porque bachichas
Toditos son
Dentro de poco
¡Jesús, por Dios!
Bailarán semba
Con el tambor¹³

Esta población afro que vio perder sus rasgos étnicos y ocupaciones tradicionales, fue desplazada hacia ciertos barrios de la ciudad, que se fueron poblando de prostíbulos y en este ambiente va a surgir el tango. De esta creación popular el aporte afro es evidente en el lenguaje y de sus primeros conjuntos. Palabras como mucamo, quilombo, tamangos, mandinga, batu-

¹³ José Luis Lanuza, *op. cit.*, pp. 220-221.

que y catanga se incorporaron al lenguaje popular y a las letras de tangos y milongas. Los conjuntos originales de esta época —“sierpe de lupanar”, apostrofaría Leopoldo Lugones al tango— “copiaron la composición de las pequeñas orquestas de negros, tal como venían tocando en América Latina desde el siglo XVIII”.¹⁴ El más antiguo tango firmado que se ha conservado, “El Enterriano”, lo publicó en 1896 el pianista mulato Rosendo Mendizábal, que alternaba sus discretas apariciones en prostíbulos con la enseñanza a niñas de hogares distinguidos. El tango, repudiado por las familias porteñas respetables, al triunfar en París, antes de la guerra de 1914, vuelve a Buenos Aires, y en los años veinte se impone en cabarets del centro, frecuentados por hijos de los estancieros.

Esta conquista de música popular se produce en un ambiente transformado por el advenimiento de radicales al poder nacional y derrumbe del modelo cultural europeo, como consecuencia de la Gran Guerra y revoluciones en México y Rusia. Los nacionalismos político-culturales propios del siglo XX comienzan a despuntar en el Río de la Plata con el interés por la música tradicional de provincias y la evocación nostálgica de la población negra y sus bailes. En 1921 el conjunto de Andrés Chazarreta debuta en Buenos Aires con los géneros criollos de la provincia de Santiago del Estero, y Pedro Figari, talentoso pintor uruguayo, en 1926 revive en sus telas vibrantes a los negros cancheros del siglo XIX.

La nueva sensibilidad muestra diversas motivaciones e intereses, que llevan por ejemplo a la impugnación de la lectura liberal-oligárquica del pasado y a la reivindicación de Juan Manuel de Rosas, como modelo de gobernante autoritario y popular. Esta tarea de revisión historiográfica es emprendida por Carlos Ibarguren, que publica *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama y su tiempo*, libro que recibe en 1930 el Premio Nacional de Literatura.

¹⁴ Blas Matamoros, *Historia del tango*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, p. 19.

Estas manifestaciones precursoras de interés heterodoxo por el pasado rioplatense y sus legados étnicos y artísticos, van a desplegarse en décadas siguientes en un vasto y heterogéneo movimiento nacionalista, que confrontará al liberalismo tradicional en lo político y a la definición aperturista-cosmopolita de sus artistas e intelectuales. Estos dos ámbitos ideológico-culturales: el liberal-cosmopolita de Borges y Bioy Casares, Victoria Ocampo y la revista *Sur* y el ámbito nacionalista-hispanista, constituyeron dos campos opuestos y complementarios de la cultura hegemónica en Argentina.

La crítica a la concepción liberal del pasado y la propuesta revisionista alternativa fueron ganando adeptos en el medio de la cultura popular tanguera, de temática urbana y raíces mezcladas. Pero si en su lectura del siglo XIX a los historiadores nacionalistas les interesaba sobre todo rescatar la personalidad y actuación de Juan Manuel de Rosas, como ejemplo de política fuerte y defensiva con base en masas, a Homero Manzi y otros poetas tangueros les preocupaba rescatar la tradición musical y dancística de la población negra y mulata de la época rosista.¹⁵ Milongas y candombes pasaron así a engrosar el caudal de la cultura popular tanguera, que tuvo en los años cuarenta una notable creatividad y aceptación masiva.

Pero este común interés por el pasado rioplatense de nacionalistas y tangueros no podía ocultar el choque de sus opuestas sensibilidades: aristocratizantes, hispanófilos y católicos los primeros, y los segundos volcados a la evocación de personajes y barrios orilleros, a la condenación del centro pecaminoso, y a lances y desventuras de sentimientos. Los tangueros eran hijos de la inmigración reciente que habían recogido aportes afros, cubanos, andaluces y los habían fundido en una creación propia: el tango como música, canto y baile; y que posteriormente habían incorporado ritmos y evocación de una etnia ya desaparecida.

¹⁵ Aníbal Ford, *Homero Manzi*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971, pp. 103-104.

Los intelectuales nacionalistas molestos por esta irrupción plebeya expresaron su visceral rechazo y prohibieron la difusión pública de tangos y milongas por su “lenguaje obsceno”, lenguaje en que menudeaban palabras de orígenes tanto africano como italiano. Esta decisión represiva la tomó Gustavo Martínez Zubiría, conocido escritor nacionalista y ministro del gobierno militar surgido del golpe de Estado de 1943.¹⁶

Durante los años de gobierno de Juan Domingo Perón (1946-1955), los nacionalistas hispanizantes manejaron el aparato cultural oficial y promovieron estilos y danzas de antigua raigambre criolla y, curiosamente, el bolero mexicano llegado en la voz de Alfonso Ortiz Tirado a Buenos Aires en 1931, quizás por su lenguaje de depurado casticismo y su recatado sentimentalismo romántico. Esta orientación nacionalista conservadora contrastaba con el populismo tanguero que durante los años peronistas enriqueció su repertorio con tangos, milongas y candombes que se ejecutaban y bailaban en masivas fiestas populares y se representaban en los grandes teatros porteños.

Estos poetas y músicos tangueros, quizás sin tener plena conciencia de las consecuencias culturales de su producción, parecen haber inaugurado una lectura desde abajo, desde una raíz ignorada, y comenzado a revalorar el aporte humano y cultural africano

Pero si en la lectura oficial del pasado y en la corta memoria de sectores medios urbanos en general no se incluían negros ni mulatos, éstos sí eran ineludibles personajes en la crónica familiar de escritores del campo liberal-cosmopolita, fervorosamente adversos al estilo plebeyo del peronismo. Tanto Victoria Ocampo como Jorge Luis Borges los recordaron con simpatía condescendiente, propia de su sensibilidad criolla de vieja ascendencia porteña.¹⁷

¹⁶ Carlos Mariano Tur Donatti, “Juan Domingo Perón entre Malena y Ginebra”, en *Latinoamérica*, Anuario de Estudios Latinoamericanos, núm. 30, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

¹⁷ Jorge Luis Borges, *Prosa completa*, vol. I, Barcelona, Bruguera-Emecé, 1985, p. 11.

El rescate de la personalidad histórica de Juan Manuel de Rosas en que se empeñaron los nacionalistas autoritarios y de la música y bailes africanos por parte de nacionalistas-populistas, animaron el debate ideológico cultural y merecieron una amplia respuesta desde el campo liberal-cosmopolita: quizás su expresión orgánica mayor fue *Morenada, una historia de la raza africana en el Río de la Plata* de José Luis Lanuza, que en 1947 recibió un premio de literatura de la municipalidad de Buenos Aires. Reconoce este autor que la historia oficial de orientación liberal había olvidado a la población negra pero critica su resurrección simbólica reciente. Sus palabras expresan una clara intencionalidad descalificadora:

Nuestra historia común se permite negros solamente en la época de la tiranía de Rosas. En esto parece reincidir su espíritu decorativo, sea que indudablemente armonizan bien el rojo federal y los rostros morenos. Con esa simple combinación —y muy poco más— se ha formado una barata tradición federal —vivero de novelones, teatro ¡y hasta tangos!— con mucho tamborileo de candombes, el inevitable enamorado unitario y una constante preocupación meteorológica por parte de los serenos.¹⁸

Esta polémica sobre orígenes étnicos, cultura popular y política del siglo XIX, controversia cargada de ideologías y aferrada a enfrentamientos contemporáneos, se irá transformando en conflictivos años posteriores a 1955. La exhumación nacional-populista de la cultura afro se irá diluyendo, aunque Edmundo Rivero, Susana Rinaldi y Mercedes Sosa cantarán milongas y candombes negros, y, simultáneamente, en el último cuarto del siglo pasado, aparezca un inédito interés académico por investigar esta tercera raíz de la vieja Argentina anterior a 1880.

¹⁸ José Luis Lanuza, *op. cit.*, p. 8.

BIBLIOGRAFÍA

- Azara de, Félix, *Viajes por la América meridional*, Madrid, Espasa-Calpe, 1969.
- Bernand, Carmen, *Historia de Buenos Aires*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Ford, Aníbal, *Homero Manzi*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971.
- Gaignard, Romain, *La pampa argentina. Ocupación, poblamiento, explotación desde la conquista a la crisis mundial, 1550-1930*, Buenos Aires, Ediciones Solar, 1989.
- Hernández, José, *Martín Fierro*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 17ª. edición, 1973.
- Lanuzza Morenada, José Luis, *Una historia de la raza africana en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Schapire, 1967
- Mansilla, Lucio V., *Una excursión a los indios ranqueles*, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1984.
- Matamoros, Blas, *Historia del tango*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1971
- Trifilo, S. Samuel, *La Argentina vista por viajeros ingleses, 1810-1860*, Buenos Aires, Ediciones Gure, 1959.
- Tur Donatti, Carlos Mariano, “La utopía criolla en el siglo xx. Cultura y política del nacionalismo restaurador en Argentina”, en *Revista de Ciencias Sociales*, Puerto Rico, Universidad de Puerto Rico, Mayo de 1995.
- , “Juan Domingo Perón entre Malena y Ginebra”, en *Latinoamérica*, Anuario de Estudios Latinoamericanos, núm. 30, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.